



# Memorias de un POLICÍA

Coronel (R) Héctor Álvarez Mendoza  
Miembro Consejo Editorial de la Revista Fuerzas Armadas

## ¡Uno que ha sido cadete...!

Una de las experiencias más gratas para quienes seguimos la profesión de oficiales de cualquiera de las instituciones integrantes de la Fuerza Pública es, sin duda alguna, el recuerdo del paso por la Escuela de Cadetes, que, después de muchos años, tanto nos divierte cuando, alrededor de un café o de una copa de vino, las recordamos en reuniones con nuestros antiguos compañeros.

Todavía acuden a mi memoria, por ejemplo, las tajantes advertencias de nuestro primer brigadier quien nos ilustró sobre la regla de oro de la supervivencia en los primeros meses de internado: *"Saludar todo lo que se mueva y pintar todo lo que no se mueva..."*. O

la iniciativa empresarial de un compañero que reforzaba sus exigüos ingresos de cadete antiguo, alquilando el uniforme de salida a cualquier aspirante recién ingresado que aún no hubiera recibido su dotación oficial completa, pero que, orgulloso, quería presumir su nueva condición en el pueblo de origen durante sus primeras

vacaciones de Semana Santa. El amplio portafolio del emprendedor, incluía además casco de parada con penacho o virola, a elegir, y, mediante un cómodo cargo adicional, hasta insignias de brigadier, botas altas y sables de alférez.

Cómo olvidar el caso de aquel compañero que olvidó la obligatoria corbata en su traje de civil

*"Y qué me dicen de las excursiones nocturnas al rancho en busca de una olla para "repelar", un trozo de panela o una hogaza de pan mal estacionada para matar el hambre, aliada inseparable de cualquier cadete de esos tiempos".*



Foto: <https://www.policia.gov.co/escuelas/general-santander>

y ya en la fila de revista de la presentación personal previa a la primera franquicia, resolvió rápidamente el problema quitándose una media y anudándosela al cuello a manera de corbatín. Y qué me dicen de las excursiones nocturnas al rancho en busca de una olla para “repelar”, un trozo

de panela o una hogaza de pan mal estacionada para matar el hambre, aliada inseparable de cualquier cadete de esos tiempos. O las hazañas de aquellos vivarachos que pedían dinero a sus padres para comprar las botas altas y de paso incluían el valor del caballo para sus clases de

equitación, en una época en que la mayor parte de las prendas y elementos de dotación eran suministrados por cuenta del Estado. Qué decir de la historia del cadete novicio que en una explosión de creatividad pretendió ingresar gratis de civil a la Plaza de Toros Santamaría reclamando su condición de cadete, identificándose con el recibo de la ropa sucia entregada en la lavandería de la escuela.

“... un pacífico y aplicado cadete de los recientemente ingresados, consagrado estudiante, pero no distinguido precisamente por la picardía y malicia indispensables para sobrevivir con relativo éxito a los rigores del centro de formación en ese entonces”.

Es grato recordar las clases de baile y etiqueta del profesor Sevilla, las de defensa cuerpo a cuerpo de Jorge Arévalo, discípulo y heredero del legendario luchador y estrella del cine



mexicano Wolf Ruvinskis, natural de Riga (Letonia), quien a su paso por Colombia, en alguna de las temporadas itinerantes de lucha libre en las que participaba, decidió quedarse y desempeñar durante año y medio, el cargo de instructor de defensa personal en la Escuela de Cadetes de Policía General Santander.

#### *El cadete "morcilla"*

En cierta ocasión, uno de mis compañeros, probablemente insatisfecho con la balanceada pitanza regular y acuciado por el hambre, decidió saltar furtivamente la cerca del costado sur de la escuela y escaparse a

una fritangería que había a varias cuadras de distancia, donde se armó de una respetable provisión de morcilla, chicharrón carnudo y chinchulín, acompañada con una generosa guarnición de papitas criollas y hasta con ají casero, botín que decidió meter de contrabando a través de la misma ruta, para "aplicárselo" en la tranquilidad de los prados del Instituto.

Pero quiso la mala fortuna que en la incursión de regreso, se le atravesara un diligente "Alférez de Escuela" que sin pedir explicaciones, ni aceptar siquiera como impuesto aduanal parte del sospechoso paquete, lo

condenara a presentarse ante el comandante de la compañía, en ese entonces, el Capitán Bernardo Echeverri Ossa. En la siguiente relación de compañía, el cabizbajo sindicado, agobiado por el peso de la culpa, las agrieras y la sobredosis de colesterol, se presentó a dar cuenta de sus culpas. El severo comandante montó en santa cólera y de una y sin dudarlo sentenció al acusado en tono vehemente y premonitorio: "*Cadete fritanguero, cadete morcilla, yo no lo voy a castigar, que lo castigue mi Dios con una amebiasis...*"

Ni que la amenaza hubiera salido de los labios del propio

"Nostratradamus", pues al parecer, la profética condena se cumplió al pie de la letra, ya que años después, durante algún curso para ascenso, aún vimos al antiguo "fritanguicida" apurando en el aula de clases, generosos tragos de un gigantesco frasco de antiácido con sabor a tiza, que mantenía al pie de su pupitre, siempre al alcance de la mano.

*¡Resérvese sus conceptos...!*

En otra ocasión, a mediados de un año académico cualquiera se produjo una reestructuración de los cuadros de mando de las compañías de cadetes como resultado de las calificaciones obtenidas en los exámenes semestrales, lo que produjo un fenomenal revolcón pues situó a algunos de los cadetes recientemente ingresados, ya siendo bachilleres, como brigadieres de los más antiguos y "cancheros", bachilleres egresados de la misma escuela. Luego del mentado cataclismo y estando yo como brigadier reemplazante de sección de los cadetes más antiguos, me fue asignado como uno de los sub brigadieres reemplazantes de escuadra, un pacífico y aplicado cadete de los recientemente ingresados, consagrado estudiante, pero no distinguido precisamente por la picardía y malicia indispensables para sobrevivir con relativo éxito a los rigores del centro de formación en ese entonces.

Estrenando su recién adquirida autoridad, le llamó la atención por presunta indisciplina en la fila al cadete antiguo Orlando Silva Cabrera, poseedor, con largueza, de características de



“Obviamente, por las condiciones de riguroso internado en el que vivíamos, ninguno de nosotros podía acompañarlo para hacerle barra y disfrutar sus triunfos personalmente, pues los viernes en la noche no existía la menor posibilidad que alguno de nosotros pudiera asomar las narices a la calle...”



Foto: <https://colombiacheck.s3.us-east-2.amazonaws.com/colcheck/s3fs-public/styles/16x9/public/2019-01/A7E6EBBE-E246-459A-A022-B7E1AFB68C0E.png?VersionId=zsBkQEhSKsGFWIKF6d6INIAi9PR9r6CE&h=d1ee6398&itok=ol4eoteA>

agudeza, velocidad e ingenio de las que su novel brigadier aparentemente carecía. El aludido replicó a la reprensión con un mal disimulado murmullo entre dientes, que pronunció despacio, arrastrando cada una de sus seis sílabas, imprecación que sin embargo se escuchó entre los presentes con la circunspección de un cañonazo:

*“Bobo hp...”*

A lo que el brigadier insultado, que al parecer tenía más oído que *“mala leche”*, en una edificante demostración de tolerancia y respeto por las opiniones ajenas, en vez de condenarlo al paredón o al menos a una citación a relación general, le espetó sin inmutarse, esta sentencia inolvidable:

*“Allá el cadete Silva, resérvese sus conceptos...”*

*Nuestro invicto campeón*

Resulta inolvidable el caso de Fernando Janer Ruiz, apreciado compañero de la compañía A de cadetes, hoy infortunadamente ausente de este valle de lágrimas, distinguido por su caballerosidad y don de gentes, así como por su considerable

estatura y físico atlético y musculoso. Este recordado amigo fue durante un considerable lapso, practicante de boxeo y en tal virtud, se inscribió en representación de la escuela en el torneo "Los Guantes de Oro", que se disputaba los viernes en la noche en la Plaza de Toros de Santamaría. Obviamente, por las condiciones de riguroso internado en el que vivíamos, ninguno de nosotros podía acompañarlo para hacerle barra y disfrutar sus triunfos personalmente, pues los viernes en la noche no existía la menor posibilidad que alguno de nosotros pudiera asomar las narices a la calle.

Nuestro paladín salía puntualmente por la tarde rumbo a su cita deportiva y regresaba el lunes siguiente para dar cuenta en "relación general" de un nuevo triunfo en este rudo deporte. La historia se repitió durante varias semanas, hasta que un fatídico lunes, se presentó con la cara hecha un desastre, llena de moretones, písteros y porrazos, como si hubiera sido atropellado por una estampida de elefantes o por el tren de la Sabana. Casi se nos sale el alma del cuerpo al apreciar tales destrozos, dada la identificación y simpatía con nuestro púgil, ídolo y esperanza de los que no disfrutábamos de franquicia los viernes por la noche.

¿Qué diablos podría haber pasado? ¿Habrían tomado las placas del camión que lo habría atropellado? ¿Cuántas docenas de gavilleros, malandrines y follones lo habrían emboscado? Durante varios días nos quedamos sin respuestas



Foto: [https://www.diarioextra.com/files/Dnews/images/detail/298638\\_1.jpg](https://www.diarioextra.com/files/Dnews/images/detail/298638_1.jpg)



lógicas. Luego se filtró y llegó a nosotros la verdad de semejante estropicio. Resulta que en todos los combates anteriores, nuestro campeón se había impuesto a sus rivales por WO, es decir por ausencia y abandono de sus contrincantes, quienes al verlo sobre el cuadrilátero, exhibiendo semejante estamina y haciendo ejercicios de calentamiento con vigorosos sacudones a las cuerdas que estremecían el entarimado, calculaban sus posibilidades, adivinaban los riesgos de enfrentarse a semejante mastodonte y prudentemente resolvían dar media vuelta y hacer mutis por el foro, aplazando así sus aspiraciones pugilísticas para ocasiones más propicias.

Pero como siempre, en toda celebración no falta el saboteador y bucanero que arruina hasta los mejores proyectos y este caso no fue la excepción. Luego de la temible demostración previa de poderío físico de nuestro coloso, algún aspirante al "pambelazgo", de escasa estatura y peso, probablemente corto de vista, con intenciones suicidas, poco juicio o muy necesitado, subió al cuadrilátero y luego de rezar tres veces el "Yo pecador", postrado de rodillas y con vigorosos golpes de pecho, santiguarse varias veces y reflexionar: "¡A Santa Rosa o al charco...!". Así, decidió ignorar el palmarés de nuestro campeón y al llamado de la campana y sin el acostumbrado ritual de los llamados "rounds" de estudio, como un huracán decidió entrarle a "piñazos" a nuestro enorme "peso completo", que ante semejante e inesperado



Foto: [https://www.icrc.org/sites/default/files/styles/amp\\_thumbnail\\_image\\_1-1/public/document/image\\_thumbnail/uso\\_de\\_la\\_fuerza\\_cicr\\_colombia.jpg?itok=S8PJGqIz](https://www.icrc.org/sites/default/files/styles/amp_thumbnail_image_1-1/public/document/image_thumbnail/uso_de_la_fuerza_cicr_colombia.jpg?itok=S8PJGqIz)

“Así, decidió ignorar el palmarés de nuestro campeón y al llamado de la campana y sin el acostumbrado ritual de los llamados “rounds” de estudio, como un huracán decidió entrarle a “piñazos” a nuestro enorme “peso completo”, que ante semejante e inesperado ciclón...”

ciclón, resolvió renunciar al bíblico precepto de ofrecer *“la otra mejilla”* y prefirió besar humildemente la lona, en una sana y ejemplarizante demostración de prudencia y sentido común, que afortunadamente lo libró de consecuencias peores ante la inopinada avalancha de guantazos, mandobles y mojicones.

Quedó la impresión que por descuido del árbitro, aquella

mala pécora hubiera llevado herraduras, escondidas entre los guantes. Todos quedamos convencidos que así debió haber sucedido. Esa aciaga noche quedaron sepultadas para siempre las ansias pugilísticas del compañero y de paso, nuestras esperanzas de contar en la Compañía A de Cadetes con nuestro propio campeón, nuestro invicto “Kid Noqueador”. 🐦